

PREGÓN

para la muy venerable hermandad
de ntra. sra. del rocío
de ronda
del año del señor de 2009

Sábado 9 de Mayo
Colegiata de Santa María de
la Encarnación La Mayor



Javier Alba Moreno
y
María Isabel Martín Montañés



A Antonio Martín Junio

PREGÓN

para la muy venerable hermandad
de ntra. sra. del rocío
de ronda
del año del señor de 2009

Sábado 9 de Mayo
Colegiata de Santa María de
la Encarnación La Mayor



Javier Alba Moreno
y
María Isabel Martín Montañés

Solitaria

Solitaria se queda
La Virgen del Rocío
Cuando acaba la Fiesta Mayor.

Solitaria se queda
Guardando la Marisma
Después de Pentecostés.

Tan sólo el viento
Que llega cuajado de perfumes,
Impulsado por la mar
Tan sólo el viento
Día y noche, consigue a la Señora, acompañar.

Quien fuera viento
Para su frente besar
Y en silencio contemplarla
Rezarle y amarla
Cada momento sobre su altar.

Al amanecer
Un dorado sol naciente
Coloreaba su cara
Amorosa y sonriente.

Su baja mirada
Color de romero
Sus manos de nácar
Sostienen el cielo
Al niño bonito
De los rocieros.

Autor: José María Jiménez



Divino Rostro de Ntra. Sra. del Rocío del Sin-pecado de la Hermandad de Ronda

Leyenda de la Aparición

“... Quién hubiera sido tú
cazador de las Marismas
para quedar sorprendido
y ser el primero en ver
a la Virgen del Rocío”.

Autor: José Manuel Soto.

Saludo

Cantamos que quisiéramos haber sido el primero en verla, sin interiorizar que la Virgen, Nuestra Madre del Rocío, es Madre de todos, del primero al último, pues ya entonces, durante toda su vida fue consuelo de aquellos que andaban afligidos por un peso demasiado grande para llevarlo ellos solos; dio ánimos a San José aquella noche en Belén y le ayudó a salir adelante en la fuga a Egipto; a José se le hizo más fácil el cumplimiento de la voluntad de Dios con el consuelo de María. Los Apóstoles hallaron el amparo de María cuando todo se les volvió negro y sin sentido, después de que Cristo expirara en la Cruz.

Desde entonces no ha dejado ni un momento de dar consuelo a quien se siente oprimido por el peso de la tristeza, de la soledad, de un gran dolor...

Si alguna vez nos pesan las cosas, la vida, la enfermedad, el esfuerzo por sacar la familia adelante, los obstáculos que se juntan y amontonan, acudamos a Ella, Virgencita del Rocío, en la que siempre encontraremos consuelo, aliento y fuerza para cumplir en todo la voluntad amable de su Hijo.

Entonces repetiremos despacio, como tantas veces hacemos en nuestro Rocío bendito:

Dios te salve,
Reina y Madre de misericordia,
Vida, dulzura y esperanza nuestra...

También en Ella aprendemos a consolar, alentar y ejercer la misericordia con quienes vemos que necesitan esa ayuda grande o pequeña que tan grata es al Señor. En Ella encontramos todas las gracias para vencer las tentaciones y en el Rosario, rezo que nos da una sola voz a los rocieros, tenemos un “arma poderosa” para superar tantas adversidades con las que en la vida nos encontramos.

“En mi se encuentra toda la gracia de doctrina y de verdad, toda esperanza de vida y de virtud”.

¡Con cuánta sabiduría la Iglesia ha puesto esas palabras en boca de Nuestra Madre del Rocío para que los cristianos no las olvidemos!

Ella es la seguridad, el amor que nunca abandona, el refugio constantemente abierto, la mano que acaricia y consuela siempre.⁽¹⁾

Con esta premisa iniciamos nuestro Pregón para lo que expresamos en primer lugar, nuestro más sincero agradecimiento a D. Miguel Martín Alza por su cariñosa presentación y por tantas atenciones, que junto a su esposa, nos ha dispensado en nuestra vida de estudiantes a finales de los años ochenta en Granada. Ellos han sido para nosotros, “hermanos rocieros ejemplares” y referentes en su devoción mariana.

También queremos expresar un respetuoso saludo al Rvdo. Padre D. Francisco Alegría, Consiliario y Administrador Parroquial de esta Colegiata, a D. Manuel Romero Campuzano, Hermano Mayor y a su Junta de Gobierno.

Y a todos los presentes gracias por vuestra asistencia.

Presentación

En esta tarde a los pies de nuestro Sin-pecado venimos a cumplir con una misión encomendada por la Junta de Gobierno de nuestra Hermandad, la que desde sus inicios pregona las grandezas de María Santísima del Rocío, valiéndose de voces, ora prodigiosas, otras experimentadas o poéticas, como también doctas en la materia, en muchas ocasiones de amplios conocimientos o de elevada espiritualidad, pregones de inteligencia inalcanzable o bien, de rocieros profundos. En suma, siempre, poniendo su alma, pregoneros de reconocido nivel por un motivo u otro.

Pero a pesar de toda esta presión y responsabilidad, en su día asumimos el reto con alegría y gratitud, aunque no es menos cierto, con respeto y prudencia. De ahí los días que nos tomamos para meditar la aceptación del encargo, pues tuvimos que sopesar por un lado, éstas que son nuestras discretas capacidades y de otro nuestra enorme ilusión.

Si bien, en un ejercicio de lealtad y por ello, de cumplimiento de nuestro compromiso como hermanos de la Muy Venerable Hermandad de Nuestra Señora del Rocío de Ronda e incluso con el temor que hoy persiste, de no estar a la altura, afrontamos la misión, considerando principalmente nuestro deber de mantener una conducta coherente con nuestra condición de “hermano del Rocío” y por ello, modestamente venimos a pregonar la llegada de un tiempo litúrgico que invita al encuentro con María.

Nuestro atrevimiento se fundamenta en el convencimiento de que, si vivimos esta fidelidad rociera en lo humano, con la ayuda de la divina Gracia, podremos ser también fieles a Cristo.

Encomendados a María Santísima “Virgo Fidelis”, Virgen Fiel, le pedimos ser leales y fieles en el cumplimiento de nuestros deberes y compromisos como hermanos de nuestra querida Hermandad.

El resultado de nuestro trabajo que hoy os exponemos, ha sido una personal reflexión conforme a nuestras posibilidades, nacida de vivencias rocieras y del intento de acercamiento a nuestra Señora del Rocío a lo largo de nuestras vidas y de la búsqueda de su Rostro en cada experiencia vital, si bien hemos de reconocer que es el Espíritu Santo quien con sus inspiraciones, ha ido dando tono sobrenatural a nuestros pensamientos. Porque es Él quien nos empuja a adherirnos a la doctrina de Cristo y a asimilarla con profundidad; quien nos da la luz para tomar conciencia de nuestra vocación rociera y nos da la fuerza para realizar todo lo que Dios espera.

El Espíritu Santo actúa sin cesar en nuestra alma: no decimos una sola jaculatoria en el Rosario del sábado en la Aldea, si no es por una moción del Espíritu Santo. Él está presente y nos mueve a la oración y aseguramos, y creemos, que al meditar en nuestra verdad de fe rociera, al redactar este pregón, hemos apreciado su influencia.

Nos hemos dado cuenta de que esa posible claridad en nuestra reflexión no ha dependido de nuestra voluntad. No es cosa nuestra, sino de Dios. Ha sido el Espíritu Santo quien nos ha impulsado suavemente al esfuerzo de meditación y transmisión del que es nuestro amor a Nuestra Señora del Rocío, la cual supo secundar como ninguna otra criatura las inspiraciones del Espíritu Santo, de esa Blanca Paloma, pues según los Evangelios, sabemos que los Apóstoles, antes del día de Pentecostés “perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres y con María, la Madre de Jesús”

Ausencias y Dedicatoria

Al tiempo que reconocemos la gestión que el Espíritu Santo ha realizado, utilizándonos como medio, éste ha precisado de un agente intermediario, concretamente de un ser, de un amigo que ha dejado en este templo su huella, que ha dejado en todos, su alma.

Intuiréis que nos referimos a Don Gonzalo. Durante su vida junto a nosotros, tuvimos una de las gracias más grande que podemos recibir, pues tuvimos y en cierto modo por la gran herencia espiritual que nos dejó, tenemos aún quien nos oriente en el auténtico camino de la vida interior.

En la dirección espiritual vemos a esa persona puesta por el Señor que conoce bien la senda, a quien abrimos el alma y hace de maestro, de médico o de buen pastor en las cosas que a Dios se refieren. Nos señala obstáculos, nos sugiere metas más altas, nos anima siempre y despierta en nosotros el hambre y la sed de Dios.

En la dirección espiritual de Don Gonzalo hemos encontrado a Cristo mismo que nos oye atentamente, nos comprende y nos ha dado fuerzas y luces nuevas para salir adelante.

Don Gonzalo contaba con un profundo sentido humano y un gran espíritu sobrenatural. Era ese mismo espíritu, con el que acudíamos a su dirección espiritual, el que evitaba el andar buscando el consejo que favorece el propio egoísmo, la falsa tranquilidad o el quedar bien.

La lucha por una vida interior madura, con derrotas y victorias, encontraba siempre detrás, si querías, a Don Gonzalo. Su charla fraterna o la confesión con él, nos hacía salir más esperanzados y alegres, con nuevo impulso para seguir. Pues, en la constancia de la dirección espiritual se va forjando el alma y poco a poco construye, el Espíritu Santo como Blanca Paloma, el edificio de la santidad.

Pero para ello, para poder aspirar a la santidad, debemos acudir a este medio privilegiado que es la dirección espiritual, con sinceridad, sin disimulos o medias verdades, con docilidad y sin soberbia, convencidos de su necesidad en tantos asuntos del alma.

Por ello, acudamos hoy a nuestro querido Don Gonzalo, ya en las marismas del Cielo, para ser constantes y sinceros en la dirección de nuestras almas, abriendo del todo el corazón, siendo dóciles como el “barro en manos del alfarero”

No podía ser de otro modo, en el capítulo protocolario de dedicatorias decimos: este pregón está dedicado a mi padre, al rociero Antonio Martín Junio, a su guitarra y a su ausencia que me parece casi mentira.

De su devoción surgió el llevar a su familia a conocer de la Virgen del Rocío y del Rocío surgió nuestro amor.

Por ello, a él, a mi padre le debemos no sólo la vida en mi caso, sino la bendición de la Señora a nuestro matrimonio y a la familia que hemos formado.

PREGÓN

Han enmudecido las voces blancas de la escolanía de mi Hermandad de la Santa Vera+Cruz. Ya la penitencia y la mortificación han dado paso al tiempo de la Pascua de la Resurrección Gloriosa del Señor. Momento éste clave, para interpretar su Vida.

El tiempo que empezamos a vivir, a partir del Domingo de Resurrección nos colma de alegría el corazón. No busquemos un porqué de índole físico a ese sentimiento que no es consecuencia de la primavera; reconozcamos que es simplemente porque Jesucristo vive. Esta es la gran verdad que llena de contenido nuestra fe.

El mundo con su muerte había quedado a oscuras y sólo la Virgen María era un faro en medio de tantas tinieblas. Y Ella, también, después de tanto dolor, se llenó de inmensa alegría.

Se dice que Jesús se apresuró a resucitar cuanto antes porque tenía prisa en consolarla, anticipándose al amanecer con su propia luz. Luz para cada época. Luz para cada sociedad. Luz para cada rociero, los cuales debemos también llevar luz a los otros hombres.

Nuestra misión como rocieros ha de ser proclamar por los caminos la Realeza de Cristo y anunciarla con nuestra palabra, con nuestras canciones y con nuestras obras, ya que somos unos privilegiados, pues al vivir el tiempo de gloria tan cerca de Nuestra Señora, podemos permanecer con más facilidad en íntima unión con Jesucristo.

Quiero que nos situemos en esos días de Pascua de Resurrección. Ya en mi casa se oyen sevillanas y plegarias en vez de marchas de Semana Santa y música de capilla. Mis hijas Dolo y Carmen insisten en aprender la letra de una antigua canción a la Santísima Virgen. Se titula “SOLITARIA”

Sus versos sencillos nos hacen meditar e intentar, al repetirlos, profundizar en su sentido y trasfondo.

Pues bien. Empecemos a memorizar las estrofas.

La primera dice así:

“SOLITARIA SE QUEDA
LA VIRGEN DEL ROCÍO
CUANDO ACABA LA FIESTA MAYOR”

Les decimos a nuestras hijas, que la Fiesta Mayor es la romería y que a pesar de haberla vivido de pequeñas, han de saber que como tal no es otra cosa, sino una manifestación tradicional de amor a Nuestra Madre con carácter penitencial, expresado quizá con un pequeño sacrificio –ir andando, no hablar, beber sólo agua, ir descalzo...- y también con sentido apostólico, es decir, procurando acercar más a Dios a aquellas personas que nos acompañan.

La romería y para ello el Rocío es un momento especialmente ideal y muy oportuno para hacer un apostolado fecundo con nuestros amigos. En aquella ermita blanca, miles de personas han encontrado gracias ordinarias y extraordinarias por la intercesión de la Madre de Dios: unos han comenzado una vida nueva; otros han vislumbrado la llamada del Señor; y todos han encontrado su ayuda. Porque nadie, nadie que ha ido de verdad, se marchó de la romería del Rocío con las manos vacías.

Al Rocío, donde hay una especial presencia de la Virgen, acuden personas para dar gracias, para alabar a María, para pedir y también recomenzar después de haber vivido quizás, lejos de Dios. Porque como dijo Juan Pablo II: “La herencia de la fe mariana de tantas generaciones no es en esos lugares marianos, mero recuerdo de un pasado, sino punto de partida hacia Dios. Las oraciones y sacrificios ofrecidos, el latir vital de un pueblo que expresa ante María sus seculares gozos, tristezas y esperanzas, son piedras nuevas que elevan la dimensión sagrada de una fe mariana. Porque en esa continuidad religiosa, la virtud engendra virtud. La gracia atrae gracia”.⁽²⁾

¡Niñas, eso es la romería del Rocío y sólo eso! Es meta de peregrinación, fruto de la piedad y del amor de los cristianos hacia su Madre a través de los siglos.

Por ello, les decimos, preparemos nuestro Rocío con sentido apostólico, con carácter penitencial que facilita la oración y la lleva con más prontitud a Dios y sobre todo con gran devoción mariana. Pues no olvidemos que los romeros estamos cumpliendo ahora, aquella profecía que un día hiciera Nuestra Señora del Rocío: “Me llamarán bienaventurada todas las generaciones”.

En nuestro caso muchas veces hemos podido vivir un Rocío completo y otras -al menos- hemos hecho incursiones más o menos extensas. Pero nuestras hijas siguen soñando con hacer cada año el camino y hemos de transmitirles que éste, más largo o más corto, ha de ser, como la vida, un camino que acabe en Dios para que al llegar, Él nos abra la puerta y poder entrar por derecho hasta la reja.

Es cierto que para llegar a Ella podemos encontrar dos sendas, dos actitudes en la vida: buscar lo más cómodo y huir del sacrificio y de la penitencia; o bien buscar la voluntad de Dios aunque cueste. Podemos ir, y en general vivir, como peregrinos que llevan lo justo y se entretienen poco en las cosas, porque van de paso, o bien, podemos quedar clavados en la arena del placer. Un camino conduce al Cielo y el otro a la perdición. Por ello, les hemos de advertir que tengan cuidado porque son muchos los que andan por este último, que ellas siempre se agarren con fuerza a esa carreta blanca que cuando va andando pisa las margaritas y lirios que hay en el campo. Y que siempre se arrimen a sus hermanos rocieros de Ronda que les enseñarán cómo los caminos llenos de arena, con ellos, parecen al pisarlos de sal y canela.

El hombre tiende a ir por la senda ancha y prefiere también una puerta ancha. Pero esa puerta no abre la ermita. La senda que nos señala el

Señor para llegar a Ella es alegre, aunque a la vez, de cruz y sacrificio, de templanza y mortificación. No creemos que Jesús nos pida estar desprendido de los bienes que tenemos y usamos, pero si evitar la solicitud desmedida. En el camino ancho de la vida de excesiva comodidad y confort, las gracias que Dios nos da, quedan sin fruto.

En medio de un ambiente materialista en el que vivimos y en el que ellas están forjando su personalidad, es difícil coger el camino estrecho, pero podrán comprobar, si no lo han hecho ya, que este es un camino seguro y amable y en medio de una vida con cierto tono austero y sacrificado, encontrarán la alegría, porque la cruz ya no es un patíbulo, sino el trono desde el que reina Cristo y a su lado su Madre, Nuestra Señora del Rocío, que les alcanzará a ellas y a todos, la fortaleza que necesitamos para andar con decisión por el camino estrecho y bueno, tras los pasos de su Hijo.

Les decimos que en ese camino duro encontrarán la alegría, la alegría profunda de saberse hijas de Dios, que no se apoya en sus propios méritos; ni en el éxito; ni consiste en la ausencia de dificultades; sino que se fundamenta en la consideración de que Él las ama, las acoge y las perdona siempre. Y que como a todos, les tiene preparado un cielo junto a Él.

No quiere nuestro Padre que pierdan esa alegría de hondos cimientos: Él quiere verlas siempre contentas, como nosotros, sus padres en la tierra. Además con esa actitud serena y gozosa ante la vida, en la que no les faltarán contradicciones, como cristianas harán mucho bien a su alrededor. Porque el rociero es un cristiano sembrador de alegría. La alegría es uno de los más irresistibles poderes: calma, desarma, conquista y arrastra. El alma alegre de un rociero es un apóstol que atrae a los hombres hacia Dios, manifestándoles lo que en ella produce la presencia del Señor. Por esto el Espíritu Santo nos da este consejo: “Nunca os aflijáis, porque la alegría en Dios es vuestra fuerza”.⁽³⁾

La alegría que derrama el rociero en los demás, engendra esperanza, optimismo y da impulsos de generosidad en la fatiga del camino.

En suma, la mirada alegre del rociero es la misma que brilla en los ojos de Nuestra Señora porque llevó a Jesús dentro de si y porque lo tuvo siempre a su lado.

Esa alegría que bebemos del Pocito del Rocío, hemos de llevarla a quienes Dios pone cerca de nosotros. Hemos de llevar nuestra alegría serena, resultado del trato diario con Ella, a aquellos que sólo ven aspectos deplorables de los que se hacen llamar rocieros y que en realidad esconden una justificación para la diversión mal entendida. Para nosotros los rocieros, la alegría es una verdadera necesidad. Cuando el alma está alegre se vierte hacia fuera, puede llevar a cabo empresas grandes y es estímulo para sus hermanos. Por esto, el recurso a nuestra Madre, causa de nuestra alegría, nos permitirá encontrar el camino del gozo verdadero que es el mismo camino que lleva a Dios.

Niñas, no olvidéis que hacer alegre y amable el camino es nuestra tarea, no desaprovechando ni una sola oportunidad para dar a conocer al Señor. Si actuamos así, muchos se animarán a seguirlo y a su vez llevarán la alegría del Señor a otros hombres.

Si nuestra alegría es auténtica, se traducirá necesariamente en realidades concretas de apostolado y obras de misericordia y no quedará en mera apariencia, que deforma y destruye la vida interior de cada uno de nosotros y de la Hermandad.

Acudamos entonces a la Virgen del Rocío para que nos enseñe a reaccionar y que jamás la vida de nuestra Hermandad se convierta en hojarasca vacía y sin valor.

“SOLITARIA SE QUEDA GUARDANDO LA MARISMA DESPUÉS DE PENTECOSTÉS”

Dolo y Carmen han oído muchas veces lo de “Lunes de Pentecostés”, pero no sabemos si realmente conocen su significado. Pues bien, cuando los Apóstoles estaban reunidos en el Cenáculo para recibir al Espíritu Santo prometido, allí estaba Ella acompañándolos. Aquellos pocos formaron la primera célula de la Iglesia Universal y María estaba en el centro de ella, como corazón que le da vida en lo más íntimo. En torno a María permanecían unidos quienes recibirían al Espíritu Santo y si Pedro era la unidad interna de la Iglesia, María creaba una atmósfera de caridad, de solidaridad y de unánime conformidad. Es por lo que decimos que nuestra Madre del Rocío es Madre en el Cenáculo de Jerusalén, Madre de la Unidad y Madre de la Iglesia.

La presencia discreta y esencial de María en la Iglesia es una presencia materna y nuestra relación con la Madre del Cielo es única y diferente para cada rociero. A cada uno nos quiere como si fuera su único hijo y se desvela por nuestra santidad y por nuestra salvación.

María que concibió a Cristo por el Espíritu Santo, el amor de Dios vivo, preside el nacimiento de la Iglesia en el día de Pentecostés. Y en ese día cuando lo recibió otra vez, lo hizo con plenitud única, porque su corazón era el más puro, el más desprendido. En Ella, obra maestra de Dios y su criatura más amada, el Espíritu Santo, el día de Pentecostés, vino a fijar su morada. Por eso, Santa María ruega por nosotros y ayúdanos a esta familia a preparar la venida del Espíritu Santo a nuestras almas, ese lunes del Rocío.

Esa preparación pensamos que empieza por ejercitar de forma personal la perfección espiritual y por trabajar en la Hermandad las virtudes humanas, y de entre todas ellas, especialmente la humildad. Virtud ésta de la que nacen todas las demás y les da consistencia. Pero cuidado porque existe una falsa humildad que nos mueve a decir que no somos nada, que somos los más sencillos, que preferimos situarnos los últimos, pero en realidad es para que nos den la cabecera. ¡Niñas ojo! porque la falsa humildad lleva a la soberbia.

La verdadera humildad procura no dar aparentes muestras de serlo, ni gasta palabras en proclamarlo, sale de lo más profundo del corazón, porque es ante todo una actitud ante Dios. Es más cómodo y más barato “ser humildes”, por eso no demos a entender que queremos ser los postreros, si deseamos ser los primeros.

Nada tiene que ver la humildad con una vida personal y de hermandad mediocre y sin aspiraciones. La humildad se complementa con la virtud de la magnanimidad, que consiste en la disposición del ánimo hacia las cosas grandes. Ante lo que vale la pena, el alma grande aporta de lo propio sin reservas: dinero, esfuerzo, tiempo...

El proponerse cosas grandes para dar gloria a Dios y a su Bendita Madre del Rocío te puede llevar a poner los bienes materiales al servicio de esas grandes obras, y la persona magnánima sabe hacerlo sin asustarse, valorando con la virtud de la prudencia, todas las circunstancias, pero sin tener el ánimo encogido. Desde los primeros tiempos, la Iglesia procuró con especial interés que los objetos sagrados sirvieran al esplendor del culto con la máxima dignidad y belleza.

Los buenos rocieros, como sabéis, no son pusilánimes de espíritu raquítico, no son hombres de horizontes estrechos, resignados a la comodidad de ir tirando, de pasar sin pena ni gloria, que no tienen ambiciones nobles.

La magnanimidad es un fruto del trato con Jesucristo. A una vida interior rica y exigente, llena de amor, le acompañará siempre una disposición de acometer grandes empresas, en el propio ámbito, siempre por Dios.

Esta virtud se apoya en la humildad y lleva consigo una fuerte e inquebrantable esperanza, una confianza casi provocativa y la calma perfecta de un corazón sin miedo. El magnánimo, como Don Gonzalo, se atreve a lo grande porque sabe que el don de la gracia eleva al hombre para empresas que están por encima de su naturaleza, y sus acciones cobran entonces una eficacia divina: se apoya en Dios. El magnánimo es consciente de que el Espíritu Santo se sirve del hombre como instrumento, pero es Él, el Espíritu Santo, quien perfecciona la obra. Entonces el hombre tiene la seguridad de que toda la eficacia reside en Dios y en esto pone su confianza.

Hijas mías, la Virgen María os dará esa grandeza de alma que tuvo Ella con Dios y sus hijos los hombres. No quedemos cortos o encogidos, dediquemos entonces el mayor esfuerzo, presupuesto, atención, miramiento, cuidado, pasión, esmero, amor; no escatimemos en limpieza, pulcritud, perfección y exorno a la razón de nuestro caminar hacia la Aldea, a Nuestra Madre del Rocío.

A centrarnos en Ella, en la Virgen, durante el camino y en la romería, nos ayuda otra virtud, la virtud de la templanza, que impregna toda la vida del rociero y que es una gran defensa frente a la agresividad de un ambiente volcado en los bienes materiales. La templanza nos dispone para recibir las mociones del Espíritu Santo.

La fiesta, la euforia, el desorden y los excesos que desgraciadamente se nos pueden hacer presentes en el Rocío, nos obligan a estar atentos para no dejarnos llevar por ese afán desmedido de bienestar. Luchemos para no vernos prisioneros y esclavos de los bienes que Dios creó para nosotros. Pero también sabemos que nada hay como el camino de Ronda al Rocío, que nos ayuda con sus estrecheces, dificultades y sinsabores a tomar conciencia de la situación en la que viven muchos hombres, sin comodidades, sin holguras, sin seguridad. Un camino de templanza cuajado de romero y cierta austeridad en nosotros y no en Ella, contribuye a dar unidad a la persona, a su cuerpo y a su alma, ayudándola a evitar el pecado y a crecer en intimidad con el Señor.

“TAN SÓLO EL VIENTO QUE LLEGA CUAJADO DE PERFUMES, IMPULSADOS POR LA MAR”

Igual que ese viento, lleguemos a Ella cuajados de lo mejor de nuestro corazón, que en primer lugar ha de ser de Cristo y por Él y de modo ordenado, los demás quehaceres del rociero. De modo particular, Nuestra Señora quiere que pongamos el corazón, en primer lugar, en las personas de la familia, quienes entendemos hemos de llevar a Dios, como la primera realidad que debemos intentar santificar.

La familia es de tal importancia que en ella tiene su principio la acción evangelizadora de la Iglesia. La familia es el primer ambiente apto para sembrar la semilla rociera y donde padres e hijos podemos ir asimilando el ideal cristiano del servicio a Dios y a los hermanos.

Los padres tenemos que ser conscientes de que ningún poder terreno nos puede eximir de la responsabilidad que nos ha sido dada por Dios en relación con nuestros hijos. Todos debemos poder decir en relación a ellos: mi corazón está vigilante, pues vigilantes nos quiere Nuestra Señora ante todo, pero principalmente ante los que Él nos confió.

Dios nos pide un amor atento para percibir si en nuestra familia se van introduciendo modos de proceder que desdican de un hogar cristiano.

En la vida familiar no basta con tener un cariño latente y genérico, sino que hay que hacerlo crecer. Es necesario empeño y oración. Y ahora que la familia se ve en cierto modo amenazada, la mejor forma de defenderla

es haciendo presente gratamente a Jesús y a su Madre del Amor Hermoso en el hogar. Para ello, el compartir la fe rociera es una fórmula magistral para una buena vida en familia cristiana.

Compartir el Rocío en mayor o menor medida y en función de las obligaciones laborales o de estudio, nos permite disfrutar, reír, llorar, reñir, celebrar, oír misa, cantar plegarias o rezar juntos. Se ha dicho que los padres que rezan con sus hijos les resulta más fácil encontrar el camino que lleva hasta sus corazones. Y que estos jamás olvidan las ayudas de sus padres para acudir a la Virgen en toda situación.

Nosotros hemos tenido, gracias a Dios, padres que nos han llevado al Rocío y queremos ser padres que llevan a sus hijas al Rocío, porque unidos así, en torno a Ella, con una fe recia, pensamos que se resisten mejor los ataques de fuera y porque creemos que ellas, mis niñas, seguro hallarán las puertas del Cielo, gracias a las oraciones que a la Virgen del Rocío, dirijan aprendidas de nuestros labios o en brazos de sus abuelos.

Queremos celebrar con ellas Pentecostés y con toda nuestra familia rociera, con vosotros, pero queremos sinceramente darles ejemplo, sin excentricidades, intentando mostrarles lo que para nosotros, en nuestro discreto entender, significa seguir de cerca a Cristo.

Hijas mías a los rocieros nos han de conocer como personas leales, alegres, sinceras, trabajadoras, es decir, nos hemos de comportar ejemplarmente en la vida familiar, social y de Hermandad que peregrina hasta la ermita; cumpliendo con rectitud nuestros deberes y actuando serenamente como hijos de Dios.

Para nuestras niñas, nuestra vida rociera, con sus flaquezas, debe ser una señal que les lleve a Cristo. Nuestras hijas han de ver que por ese camino

se llega a Dios. En general nuestros niños y jóvenes deben ver coherencia con la fe que profesamos.

Como decíamos, la templanza del rociero es una manifestación convincente y atractiva de vida cristiana. Con alegría hemos de forzarnos en dar siempre ese ejemplo de templanza en la sana diversión: Cristo nos ha dejado para que seamos faros que iluminen y ni siquiera sería necesario exponer la doctrina, si nuestra vida fuese tan radiante.

En ese clima de ejemplaridad, de alegría serena, de ayudas quizás pequeñas pero frecuentes, de trabajo bien hecho, nos será más fácil llevar el Señor y su Santa Madre del Rocío a los jóvenes que nos rodean.

Es más. Mostrémosles con nuestro comportamiento que frente a una sociedad que incita al encuentro de la felicidad en el placer puramente corporal, que el hombre no sólo posee un alma libre y bellísima entre las obras de Dios, hecha a imagen y semejanza del Creador, sino un cuerpo que ha de resucitar y que si está en gracia, es templo del Espíritu Santo.

El alma y el cuerpo se pertenecen mutuamente de manera natural y Dios creó el uno para el otro y nuestra Madre Santa María, que fue asunta al Cielo en cuerpo y alma, nos recordará que también nuestro cuerpo ha sido hecho para dar gloria a Dios aquí en la tierra y en el Cielo por toda la eternidad.

“TAN SÓLO EL VIENTO
DÍA Y NOCHE, CONSIGUE A LA SEÑORA
ACOMPañAR”

Ese viento que decíamos cuajado de perfumes está siempre con Ella, pero nosotros desde aquí, desde la distancia, recordamos su baja mirada en un estandarte mora y plata que nos llena su vacío y que la dibuja sobre un mar de nubes, coronada de ramas de pinsapo y que deja constancia firme de nuestra defensa del dogma “Concebida Sin Pecado”. Dogma que Pío IX el ocho de diciembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro proclamara, diciendo literalmente en su bula papal: “La amó con un amor tan por encima del amor a toda criatura, que vino a complacerse en Ella con singularísima benevolencia. Por esto, tan maravillosamente la colmó de la abundancia de todos sus dones celestiales, sacados del tesoro de su divinidad, muy por encima de todos los ángeles y Santos, que Ella, absolutamente libre siempre de toda mancha de pecado y toda hermosa y perfecta, manifestó tal plenitud de inocencia y santidad que no se concibe en modo alguno mayor después de Dios, ni nadie puede imaginar fuera de Dios”.

Hijas, sabed también que la veneración a nuestro Sin-pecado es una muestra de piedad, como ya los primeros cristianos hicieran conservando como tesoros inestimables, las reliquias de sus mártires, y que nosotros conservamos, con celo y respeto, en Santa María la Mayor a la espera de que cada primavera, reluciente e impecable, como no podía ser de otro modo, igual que el primer brote verde señala la llegada de la vida en un mundo helado y que parece muerto, ese estandarte de la concepción sin mancha, anuncie por senderos de sierras y marismas, la restauración de la inocencia del hombre.

Así como el brote nos da una promesa cierta de la flor que saldrá, la inmaculada concepción de María nos da la promesa infalible del nacimiento virginal.

Porque aún era invierno en todo el mundo que lo rodeaba, excepto en el hogar tranquilo donde Santa Ana dio a luz a una niña. La primavera había comenzado allí.

La nueva vida se inició con nuestra Madre del Rocío en el mismo instante en que fue concebida sin mancha alguna y llena de gracia.

La identificación inmediata e inconsciente de María con los conceptos de pulcritud y belleza inmaculada, que salta en nuestras mentes, fruto quizás de la educación, la tradición, o incluso me atrevería a decir, escrito en nuestro código genético, nos provoca ese deseo de intentar crear un espacio perfecto en torno a nuestro Sin-pecado y sentimos debilidad al ver que todo el cuidado, el arte, la hermosura, la maestría, la proporción, la exquisitez, los hombres y mujeres rocieros las ponen al servicio de sus Sin-pecados.

Creo que hacemos apostolado colmando de elegancia nuestra carreta con los mayores medios a nuestro alcance, ese pequeño altar tirado por bueyes, ha de ser una burbuja de delicadeza, pureza y virginidad por senderos de polvo y arena, para que ojos atraídos por la admiración de lo estético, lleguen a la contemplación que les lleve a la devoción, y para que aquellos ojos que lleguen por la devoción, encuentren que esa carreta es morada de en quien los ángeles hallan la alegría, los justos la gracia y los pecadores el perdón para siempre, como dijera San Bernardo en su sermón el día de Pentecostés.

“QUIEN FUERA VIENTO PARA TU FRENTE BESAR”

Quién fuera ese viento perfumado que siempre te acompaña y que juega travieso a entrar y salir por esas tres puertas de tu ermita que se abren al cielo del peregrino. Quién fuera ese viento dulce que se cuela por pechinas y barandas, para llegar sin esfuerzo a besar tu frente de caramelo, con un beso sentido y profundo como muestra de gratitud.

Gratitud a María por su labor mediadora ante el Altísimo. La Virgen del Rocío con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo que peregrinan

Desde donde la luz no fluye desde arriba,
sino que hiere de soslayo (L. Cernuda)

Desde donde el tiempo parece haberse remansado
en un sosiego secular (F. Tornay)

Desde la ciudad soñada (Rilke)

Desde la ciudad romántica (Hemingway)

Desde la egregia y encumbrada ciudad a la que las nubes
sirven de turbante y de talabarte sus torreones (Abu al-Fida)

Desde la ciudad más hermosa del mundo (Goytisolo)

La Virgen del Rocío cuida de los que peregrinan desde Ronda y se hallan en peligro hasta ser conducidos a la patria bienaventurada.

Por ese motivo, la Santísima Virgen es además de Mediadora, Abogada, Auxiliadora, Socorro, pues por la intercesión ante su Hijo, nuestra Señora nos alcanza y nos distribuye todas las gracias. Por eso no tengamos reparo alguno en pedirle: Ella nos escucha siempre.

No dejemos de poner ante su mirada esas necesidades que nos inquietan por conflictos domésticos como apuros económicos, exámenes o problemas del trabajo; o aquellas que se refieren al alma, como lejanía de Dios o situaciones realmente difíciles de superar. Porque Ella en el Cielo, muy cerca de su Hijo, dirige nuestra oración, la endereza y la perfecciona.

Te rogamos Rocío poder ser viento de atardecer marismeño, que en tu ermita se mezcle con el soplo delicado y fuerte del Amor Divino, se ligue con el viento sutil que llega a penetrar por todas partes, dando vida a todo lo que roza, se enrede con ese hálito impetuoso del día de Pentecostés, fuerza nueva con que el Amor de Dios irrumpe en la Iglesia y en las almas.

“Y EN SILENCIO CONTEMPLARLA REZARLE Y AMARLA CADA MOMENTO SOBRE SU ALTAR”

Con frecuencia, a todos imagino, nos invade la necesidad de estar en su ermita, junto a Ella y en silencio contemplarla.

El silencio, el recogimiento interior puede ser plenamente compatible con el trabajo, la actividad social y familiar, con el trasiego de la vida, pues a los rocieros también nos pide el alma ser contemplativos: personas que en el fragor del bullicio, sabemos junto a la Virgen, encontrar el silencio que acaricia el corazón.

La vida rociera tiene siempre una dimensión profunda, íntima, con un cierto recogimiento que tiene su pleno sentido en Dios. Recogerse, es decir, juntar lo separado, reestablecer el orden perdido, consiste en evitar la dispersión de los sentidos y buscar a Dios en el silencio del corazón, dando sentido a todo el acontecer diario.

El recogimiento es así mismo, patrimonio del rociero que busca, junto a Ella, con empeño al Señor. Como nos dejara dicho Pablo VI, en este mundo de tantos reclamos externos necesitamos “esa estima por el silencio”⁽⁴⁾ y de la Virgen, Nuestra Señora del Rocío, aprendemos a estimar cada día más ese silencio del corazón que no es vacío, sino riqueza interior, y que, lejos de separarnos de los demás, nos acerca más a ellos, a sus inquietudes y necesidades.

El verso de nuestra canción dice que quiere en silencio contemplarla para rezarle y amarla.

“Para rezarle”. ¡Y dónde mejor que en tus noches de Puerto Serrano, Playero o Palacio, o en el rosario de las Hermandades! Porque siempre que rezamos con atención el Santo Rosario y nos detenemos para meditar unos instantes en cada uno de los misterios que en él se nos proponen, nos encontramos con más fuerza para luchar, con propósitos y deseos de ser mejores.

Nos decía Juan Pablo II que “el Rosario es un coloquio confidencial con María, una conversación llena de confianza y abandono. Es confiarle nuestras penas, manifestarle nuestras esperanzas, abrirle nuestro corazón. Declararnos a su disposición para todo aquello que Ella, en nombre de su Hijo, nos pida. Prometerle fidelidad en toda circunstancia, incluso la más dolorosa y difícil, seguros de su protección, seguros de que si se lo pedimos, Ella nos obtendrá siempre de su Hijo, todas las gracias necesarias para nuestra salvación”.⁽⁵⁾

Hagamos entonces, niñas, el propósito de ofrecerle con más amor todos esos rosarios rocieros que según su etimología, significan coronas de rosas. Pero no de rosas marchitas o ajadas por el desamor y el descuido, sino de rosas perfumadas de alabanzas a los gozos, los dolores y las glorias de la vida de la Virgen. De rosas que casi iguallen su belleza y tejan una red de piropos que repiten ininterrumpidamente los ángeles y Santos del Cielo y los rondeños que peregrinan y aman a nuestra Madre aquí en la tierra.

Rosario: ¡Bendita monotonía de avemarías que purifica la monotonía de mis pecados!⁽⁶⁾

“Para amarla”. El amor a la Virgen nos impulsa a imitarla y, por tanto, al cumplimiento fiel de nuestros deberes, a llevar la alegría allí donde vamos. Ella nos mueve a rechazar el pecado y nos anima a luchar con empeño contra nuestros defectos. Pero si fallamos en el intento, siempre

nos quedarán las corrientes limpias del Quema a las que con tanto esfuerzo nos lleva nuestra Hermandad.

Contemplar su docilidad a la acción del Espíritu Santo en su alma, es estímulo para cumplir la voluntad de Dios en todo tiempo, también cuando nos cuesta. El amor que nace en nuestro corazón al tratarla es el mejor remedio contra la tibieza y contra las tentaciones.

Rocío, “spes nostra”, por amor a ti llegamos porque eres nuestra Esperanza.

“AL AMANECER
UN DORADO SOL NACIENTE
COLOREABA SU CARA
AMOROSA Y SONRIENTE”

Sólo aquellos que han alcanzado el Cielo, pueden eternamente admirarte y de entre ellos, sólo aquellos madrugadores, pueden al amanecer iluminarte como rayos de sol naciente. Pero además, sólo algunos de entre estos últimos tienen el privilegio de despertarte con música celestial. Son aquellos que en su vida terrena afloraron su devoción, por ejemplo, acariciando las cuerdas de una guitarra.

Y yo sé de al menos uno que tornó su amor a la música en amor a Ti. Un rociero que dio el sí a la llamada de Nuestra Señora, llevándolo a no pensar demasiado en sí mismo y a fijar su atención, hacia donde venía la voz del Señor. Voz que le señaló el camino que había trazado para él.

Se que la esperanza del Cielo, llenó de alegría el camino diario de mi padre y porque lo quiso el Señor, siempre pretendió mejorar el mundo que le rodeaba. Con su comportamiento honesto, trabajador, responsable, honrado y bueno, puso en valor la dignidad humana.

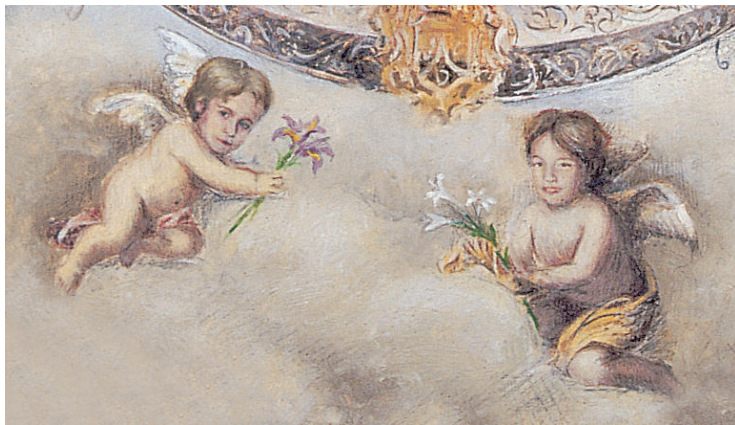
Mi padre supo dar una respuesta pronta y firme en cada circunstancia que su vocación rociera le planteaba. Su actitud fue siempre leal, sincera y comprometida con la llamada de su Hermandad, a la que vio nacer inocente e ilusionada y vio crecer luchadora y constante, y a la que puso a disposición su persona en toda dimensión.

No es fácil acostumbrarse a su ausencia física, pero me conmueve sentir que se ha ido y se ha quedado. Sin embargo, echamos de menos su palabra, su forma de actuar, de mirar, de sonreír, de hacer el bien, con lo que evocaba la figura amabilísima del Señor.

Igual que Jesús, se fue, pero quedó muy cerca de cada uno y espero no ser irreverente al decir que yo lo encuentro junto a Él en el Sagrario, a donde acudo a llenarme de vida y amor.

Del amor que también brota del corazón dulcísimo de María. Por eso le pido a Ella me de un corazón puro, humano, comprensivo, amable y dispuesto siempre a ayudar.

Madre amorosa y sonriente del Rocío enséñame a amar a Dios y a mis hermanos, a ser paciente y respetuosa y si es preciso, para ello, dejo en tu regazo mi corazón para que hagas de él un auténtico corazón rociero.



Detalle del óleo del Sin-pecado de la Hermandad del Rocío de Ronda

Y por último,

“SU BAJA MIRADA
COLOR DE ROMERO
SUS MANOS DE NACAR
SOSTIENEN EL CIELO
AL NIÑO BONITO
DE LOS ROCIEROS”

Al mirar a Nuestra Señora del Rocío, Madre de Dios que nos ofrece a su Hijo en brazos, hemos de dar gracias al Señor, pues una de las grandes mercedes que Dios nos hizo, además de habernos creado y redimido, fue, querer tener Madre, porque tomándola Él por suya, nos la daba por nuestra.

María madre, más que todos juntos, ama y adora a su Hijo realmente presente en el Cielo y en la Eucaristía. María nos anima a tratarle con el amor con el que Ella adora a su Hijo en el Sacramento del Altar. La Virgen Santísima nos alienta y nos enseña a recibirle en la Comunión, a visitarle en el Sagrario y a tenerle como centro de nuestra romería en la Misa de Pentecostés. María es la que nos trae el Pan Eucarístico, pues es la Madre de la vida divina y como Madre nos dice: venid, comed el Pan que yo os he preparado, comed bastante, que os dará la vida verdadera.

Al finalizar esta reflexión, este pregón, acudimos a ti en esta romería que empieza, para hallar y descubrir con nuestra querida Hermandad a ese Niño bonito de los rocieros que a pesar de ser un Niño, es ya luz para alumbrar a las naciones y en tus manos de nácar, es luz para nuestras almas. La luz que ilumina las tinieblas del conocimiento y de la existencia humana, las tinieblas del entendimiento y del corazón.

Santa María del Rocío,
Templo y sagrario.
Lirio entre espinas.
Virgen Inmaculada.
Siempre bendita.
Fuente pura.
Más Hermosa que la hermosura.
Más Santa que los mismos querubines.
Madre de la esperanza y del perdón.
Madre de la gracia.
Madre rebosante de la santa alegría.

Sólo nos resta lanzar el viva que encierra todo el amor y devoción del
rociero:

¡Y QUE VIVA LA MADRE DE DIOS!

Amén.



Detalle del óleo del Sin-pecado de la Hermandad del Rocío de Ronda

Índice

Solitaria	6
Leyenda de la Aparición	8
Saludo	8
Presentación	10
Ausencias y Dedicatoria	12
 PREGÓN	 14
“Solitaria se queda la Virgen del Rocío...”	16
“Solitaria se queda guardando la marisma...”	20
“Tan sólo el viento que llega cuajado de perfumes...” ..	23
“Tan sólo el viento día y noche...”	26
“Quien fuera viento...”	28
“Y en silencio contemplarla...”	30
“Al amanecer un dorado sol naciente...”	33
“Su baja mirada...”	35

⁽¹⁾ J. Escrivá de Balaguer. Amigos de Dios.

⁽²⁾ Homilía en Zaragoza, 6 - XI - 1982.

⁽³⁾ M.V. Bernadot. De la Eucaristía a la Trinidad. Madrid 1983.

⁽⁴⁾ Alocución en Nazaret. 5 - I - 1964.

⁽⁵⁾ Alocución. 25 - IV - 1987.

⁽⁶⁾ J. Escrivá de Balaguer. Forja.

Este Pregón terminó
de imprimirse en Grafisur
Ronda, el día 9 de mayo,
Festividad de Ntra. Sra.
de los Desamparados
del año del Señor de 2009.